



EL ESCANDALO SUENENS

La prensa de todo el mundo ha recogido las declaraciones realistas, serenas y —eso sí— excepcionalmente francas, dentro de las costumbres eclesiásticas, del primado de Bélgica y amigo personal de Montini, cardenal Suenens. En ellas, unos han visto una crítica al Papa por sustraer los temas más vitales dentro del catolicismo actual —como son el celibato eclesiástico y el control de la natalidad— a la discusión de la Iglesia toda, después de hablar el Concilio de corresponsabilidad y colegialidad. Otros creen que ha sido irrespetuoso y precipitado hablando con demasiada ligereza de temas demasiado graves, aireándolos públicamente.

Pocos días después —a las setenta y dos horas— el propio Papa le ha contestado al cardenal mostrando su «estupor» por tales declaraciones, que —según él— no han sido hechas con el «estilo fraternal» que pide la colegialidad. Reacción que tampoco —pero por contrarios motivos— ha agradado a los sectores más abiertos y progresivos de la Iglesia, pues dicen que no comprenden tal actitud pontificia ante unas palabras tan realistas y serenas de este gran dirigente belga de la Iglesia.

Pero casi nadie —salvo el padre Arias, que ha sido una excepción— ha subrayado que, otros tres días más tarde, Pablo VI se ha dirigido en Roma a 300 nuevos sacerdotes de 33 países —la más vasta y numerosa ordenación sacerdotal de la historia romana— el día de su consagración, evitando la polémica sobre el celibato sacerdotal, a la que Suenens había aludido directamente en su interviú de *Le Monde*, hecha por el teólogo-periodista Henri Fesquet. Y hay quienes deducen de estas diplomáticas palabras del Papa, que éste ha entrado en el juego vivo pero amistoso de este diálogo Suenens-Montini, que no es ni tan grave como se ha enjuiciado por los asustadizos de siempre, ni tan escandaloso como algunos lo han querido hacer.

En una palabra, a mí —como espero que a otros muchos— me ha producido justo la reacción contraria a la que ha manifestado —según refiero más arriba— una buena parte de la prensa mundial: creo que no es ni irrespetuoso el arzobispo de Malinas, ni dramático su caso, ni inoportuno el momento. Por el contrario, leyendo las palabras del propio Papa con desasosonamiento, encuentro que lo dicho por Suenens ha servido para que Pablo VI haya aclarado tres cosas que considero de primera importancia, y que no siempre había sido bastante explícito en su afirmación, guiado por su afán diplomático de contentar a unos y a otros en la Iglesia.

La primera es que el Papa no puede hacerse esclavo de ninguna concepción teológica partidista. «El Papa —ha dicho Pablo VI— no es, ni puede ser, partidario ni portavoz —y mucho menos pionero— de una escuela determinada».

Eso es precisamente lo que Suenens ha achacado por dos veces a la Santa Sede: de ser deudora de una teología romana de corte conservador, que repetidas veces se manifiesta en los documentos, discursos y hechos incluso del propio Papa, a quien le preparan tales escritos o programas precisamente quienes son defensores apasionados de tales actitudes teológicas discutibles, que están desfasadas del mundo actual.

Por ejemplo, en la batallona cuestión de la autoridad personal del Papa, el Concilio ha sentido claramente que la Iglesia no es ni sólo el Papa ni sólo los obispos: la Iglesia es jerarquía, clero y seglares, unidos todos en una responsabilidad común y activa. No son ninguno de ellos meros peones de un juego dictatorial y totalitario, porque —como había dicho ya Pío XII— «la Iglesia no es un imperio». Pero los teólogos conservadores, que inspiran todavía fuertemente a la Curia romana, parten de la realidad, recordada por Suenens, y es que el Papa puede, «excepcionalmente» y «eventualmente», decidir él solo o sustraer un asunto especialmente grave a la discusión pública, y de ello deducen falsamente que ésta debe ser su conducta usual, que es la que debía adoptar siempre la autoridad eclesiástica, porque jurídicamente está en su derecho de hacerlo.

Se quiera o no se quiera, es volver a la «pirámide clerical» que tanto se criticó en el Concilio. Y se vuelve a ella a pesar de ese diálogo de mera información —que no sirve de nada— y que se proclama sólo en el papel o en la realidad cuando ya no queda más remedio, pero que a nada obliga ni a nada conducen en su edulcorada actitud.

La segunda cosa que el Papa dice, después de Suenens, es que él —Pablo VI— «intenta ser respetuoso de la colegialidad episcopal». Confesión importante, porque justamente era lo que no le parecía a Suenens que se había cumplido con la petición de diálogo con todas las Iglesias, por parte de los obispos holandeses, y que ahora parece —según sus palabras— que se realizaría —al menos— en el próximo Sínodo Episcopal mundial.

La tercera cosa que afirma el Papa es su «tenacidad conciliar». Lo cual nos lleva de la mano al núcleo esencial de las declaraciones de Suenens.

En ellas, el prelado belga había dicho que no sólo hay que hablar de colegialidad entre todos los obispos del mundo entero —cosa importante que no se cumplió ni con el celibato del clero ni con el control de natalidad—, sino también de «comunidad entre las Iglesias locales», o sea, de un libre intercambio de criterios y experiencias entre los fieles, clero y obispos de todos los países y regiones.

La estructura postconciliar de la Iglesia católica tendrá que encontrar cauces eficaces para que esto se realice; si no estamos abocados a esa crisis de muchos católicos, y también del clero, que describe Suenens así: «La raíz del mal es más profunda, pues su origen creo que se halla —en gran parte— en un sentimiento de frustración y de desánimo en relación con las perspectivas que abrió el Concilio», porque no vemos frecuentemente realidades ni hechos concretos, sino sólo palabras abstractas, más o menos atractivas.

En el Vaticano II se dijeron —como ahora recuerda Suenens— otras dos cosas muy importantes: 1.º) que el catolicismo debe ser una Iglesia en marcha, que no puede pararse en un inmovilismo doctrinal y práctico, paralizante e ineficaz, y 2.º) que la Iglesia, como estructura e institución, debe estar al servicio de unos valores cristianos que deben colaborar con el mundo actual para hacerlo más justo, abierto, desarrollado, pacífico y cooperativo: «La Iglesia *ad intra* —ha dicho Suenens— está hecha para la Iglesia *ad extra*, y no —como durante amplias épocas de la Historia— al revés, dominando todo —o parte— de lo que era obra de los hombres».

Los obispos holandeses, al pedir el diálogo eclesial sobre la posibilidad de ordenar a hombres casados, han sido deudores de lo que sus comunidades de creyentes les exigen, y han salido del callejón sin salida en que se encontraban, optando por poner en primer lugar las necesidades reales de sus diócesis. «Los obispos —dijo Suenens— están aparentemente obligados a una doble elección: o parecer desleales a Roma, o parecer esquivar sus responsabilidades en el seno de su Iglesia local. O perder crédito, o pérdida de credibilidad. Y los obispos holandeses han optado por su Iglesia local, con la ferviente esperanza de que Roma sabrá comprenderles».

Al plantearnos hoy la crisis del celibato eclesiástico había que recordar las palabras de este gran obispo: «No veo salida que nos haga escapar de este callejón ni disminuir la creciente tensión si no es dejando jugar con libertad la colegialidad y la corresponsabilidad... Hay que hacer que Roma levante su estado de excepción y autorice el estudio de la cuestión».

¿Cabe mayor moderación? No pide una solución más o menos radical, sino sólo que se estudie serenamente la cuestión del celibato del clero, que cada vez afecta a más personas y a más países.

Por eso ha tenido que aclarar Suenens: «He creído que era mi deber obrar como he obrado».